

COVID-19: Salud, seguridad y paz
Pax Christi International, 20 de mayo de 2020

Con frecuencia desapercibido

A medida que el COVID-19 se expande por todo el mundo, se han observado deficiencias en los sistemas de salud de muchos países. [La preparación](#) para hacer frente al COVID-19 se ha visto interrumpida por la constante violencia y la guerra, incluyendo ataques directos a los trabajadores y centros de la salud al igual que [el gasto anual en armamento](#) y preparación para la guerra; [la pobreza, racismo, políticas y prioridades](#) que al fin y al cabo han empeorado el escenario de preparación.

En medio del pánico que ha originado el COVID-19; [Jartum](#), [Darfur](#) y otras ciudades en Sudán han mostrado violencia contra los trabajadores y centros de salud. En [Yemen](#), [médicos y hospitales](#) han sido violentados al menos 120 veces por los partidos beligerantes que se encuentran en conflicto y en [Siria](#), [los trabajadores y centros de salud](#) fueron atacados por fuerzas aliadas gubernamentales con el objeto de separar a la población civil para así someterlos. Es por esto por lo que consideramos grave no tan solo el contexto debilitado de los sistemas de salud sino en [otros contextos](#) de igual forma.

[Las desigualdades a raíz de la pobreza y el racismo](#) están en iguales condicionales de [vulnerabilidad](#) a la hora de enfrentar el coronavirus. [Desigualdad de ingresos](#), enfermedades preexistentes, [inseguridad alimentaria y hambre](#); [falta de acceso a agua potable](#), [exposición a peligros medioambientales](#); [condiciones de hacinamiento](#), estado migratorio de indocumentación, [alostasis](#) (que es la carga de acumulación fisiológica provocada por el racismo y el estrés). De la misma manera, se refleja en [la falta de seguros de salud](#) y todo lo anterior desencadena un efecto negativo en las comunidades marginales como también en algunos países, especialmente con las personas de color quiénes se han visto más en desventaja para enfrentar el COVID-19.

Enfrentando la epidemia de la violencia

La ética universal de la no violencia requiere que esta pandemia sistemática de violencia sea enfrentada con amor, valentía y medidas implacables para así asegurar la salud y el bienestar de todos.

La pandemia del coronavirus ha traído consigo lecciones como solidaridad y los valores de la enseñanza social católica, entre ellos la dignidad de cada ser humano, justicia social, los derechos humanos básicos cubiertos como el acceso a la salud, alimento, agua, vivienda y trabajo), así como también de responsabilidades, interdependencia; el bien común y la protección de la creación. Estamos muy al tanto de nuestra interdependencia global y la vulnerabilidad compartida y nos importa si se trata de un grupo de personas, de regiones o países quienes se encuentren previniendo la transmisión del virus. “Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él” (1 Corintios 12:26).

El COVID-19 ha demostrado con creces que los sistemas de salud dotados de buenos recursos son esenciales a la hora de proteger a la humanidad contra infecciones que sobrepasan límites y fronteras. La auténtica seguridad que todos buscamos solo se logrará si nos ocupamos de cubrir las necesidades básicas a una escala global y forjando comunidades saludables y resilientes que puedan disminuir la propagación de esta enfermedad, al mismo tiempo, nos permite recuperarnos más rápido de una pandemia.

Por otra parte, el COVID-19 ha dejado claro la necesidad urgente de enfrentar el conflicto y los sistemas de violencia culturales, sistemáticos y estructurales del racismo, la destrucción medioambiental e injusticia social, etc.) que solo provoca vulnerabilidad exacerbada en esta pandemia hoy en día. El tomar un enfoque [de salud global/público](#) nos ayuda a observar que una enfermedad contagiosa puede ser tratada con las mismas estrategias empleadas para combatir pandemias.

[Se ha demostrado científicamente](#) que la exposición a la violencia aumenta el riesgo dentro de una comunidad de adoptar enfoques violentos. La violencia se transmite, en primer lugar, basándose en exposición y hábitos como los de una pandemia, por ejemplo. La violencia es adquirida, no se relaciona a que las personas sean crueles o malas. Por ende, al cambiar las normas dentro de una comunidad con estrategias cruciales nos permite centrarnos en la prevención y, por lo tanto, interrumpir la transmisión.

[El papa Francisco nos ha entregado](#) un valioso mensaje: “La emergencia del COVID-19 se trata, en primer lugar, con anticuerpos de solidaridad”. Un [marco ético](#) en lugar de uno relacionado a la guerra nos ayuda a saber cuáles son los “anticuerpos de solidaridad” con el objetivo de romper los círculos de la violencia ya sea al aceptar la responsabilidad si se ha cometido un delito o desarme integral. Según lo anterior, tales elementos serían útiles para forjar una paz sustentable al contar con virtudes tales como la solidaridad y ciertas habilidades para centrarnos en erradicar el conflicto y la guerra.

Por ejemplo, con tan sólo poner énfasis en aceptar haber cometido un delito aporta un grano de arena en la reducción de la violencia que nos guía hacia una justicia restaurativa y al tratamiento de traumas que corresponden a herramientas vitales en la construcción de la paz.

O en el caso del “desarme integral” que corresponde a la venta o compra de armas, especialmente en el contexto actual de COVID-19 serviría como punta pie inicial para contar con tal recurso militar para la intervención y aporte en el mejoramiento de la infraestructura de salud pública, de mayores insumos médicos y dotación de personal sanitario. (Vea [A Just Peace Ethic Primer](#), Georgetown University Press, 1 Mayo de 2020.)